

fectamente integradas en el sistema, forman parte de él, y en consecuencia, "son ya, hoy, demasiado razonables". Razonable es lo ya integrado, y comprensiblemente se rechaza; razonable significa también conformarse con nuestros "límites" —no hay más cera que la que arde—, intentando aprovecharlos para montar nuestras vidas como una obra de arte, armoniosa, reflexiva, centrada en sí misma.

La distinción entre racional y razonable hubiera privado a Rubert de algunas paradojas brillantes, pero también de ciertas aporías innecesarias. Pero no tiene sentido exigir un cierto rigor a un pensamiento que se quiere en la forma espontánea en que brota, sin mayor elaboración. Justamente, esta manifiesta falta de rigor que ponen de relieve las páginas que comentamos parece caracterizar a la "nueva filosofía" española: en el fondo, lo que se rechaza con la crítica pertinente de los sistemas y de las jergas profesionales es la filosofía misma. Su intención, confesada o latente, es convertir a los temas filosóficos en literatura. Esto, por lo menos, parece subyacer en sus representantes más conspicuos, Sabater y Rubert de Ventós.

No se lea una valoración en lo que es una simple constatación. Ante las obras clásicas de la literatura o de la filosofía, difícilmente pueda establecerse una jerarquía, lo que sí cabe, y además resulta imprescindible, es distinguirlas, aunque exista una zona gris intermedia de conexión entre ambas: el caso más palpable que se me ocurre es Rousseau. Ahora bien, al filósofo concierne el pensar estas relaciones, así como las razones de que en una época determinada predomine la literatura o la filosofía.

"A mí lo único que de verdad me atrae es entender lo particular o ver lo general: lo segundo nos lo enseñaron los griegos, pero lo hemos olvidado, lo primero todavía tenemos que aprenderlo". Rubert sabe que es una pretensión imposible, porque "lo que pensamos no se deja ver, pero es que lo que vemos tampoco se deja pensar". El punto de conexión entre visión y pensamiento es precisamente el lenguaje. Si vinculamos la expresión de lo particular con la literatura y de lo general con la filosofía —podría ser una manera de arrancar—, sorprende que Rubert pre-

tenda unir la acción intelectual, el entender, con lo particular, mientras que siguiendo a los griegos, conecte lo general con la visión, es decir, la teoría. Se ve lo general, se ha de entender, en cambio, lo particular, porque, al parecer, no bastaría con describirlo con palabras, es decir, con hacer literatura. ¿Acaso hay un modo de entendimiento que no corresponda a la visión?; si lo hay, ¿cabe aplicarlo a lo particular?

En toda esta problemática, eminentemente filosófica, está palpitando la cuestión clave de distinguir entre filosofía y literatura, sin que la una arrumbe a la otra. En su expresión más pura, no cabe duda de que se niegan: ambas pretenden, por distintos caminos, la expresión de lo particular-general, y ambas dejan constancia de su impotencia. Pero la negación es complementaria, de modo que lo que dice el poeta es el objeto inefable que pretende pensar el filósofo. Se

comprende que en las épocas de crisis —fin del mundo homérico, indudablemente nuestro tiempo— predomine la poesía. El mito, cuya expresión es siempre literaria, termina por pulverizar el pensamiento encadenado de las escuelas. El problema de la relación de la filosofía con la literatura adquiere una importancia crucial cuando la filosofía, congelada en su propio saber especializado, tiene que renacer, una vez más, de sus cenizas. Lo grave de la filosofía aforística, que es la primera forma de este renacimiento, es que levanta liebres sin matar ninguna.

Una observación final. Lo inadmisiblemente literaria y filosóficamente es la universalización de la propia neurosis como forma de conocimiento. La neurosis personal podrá ser fuente de pensamiento o de literatura, pero alcanza su meta cuando el resultado no se confunde con su génesis. Afirmar que "el pensamiento y la cultura se basan en la frialdad,

se levantan sobre el egoísmo y se mantienen a fuerza de narcisismo", podrá servir para aligerar la propia neurosis —que se define, precisamente, por la incapacidad de salir del narcisismo infantil—, pero difícilmente se sostiene como pilar básico de una filosofía de la historia o de la cultura. ■ I. S.

La física más actual

EL centenario del nacimiento de Einstein en España, como en todo el mundo civilizado, una justa resonancia con amplísimo despliegue de actos académicos y recensiones conmemorativas en los medios de comunicación. Esto me parece excelente, aunque se detecta un exceso de entusiasmo de tipo hagiográfico, que es poco científico y, por lo tanto, no ayuda ni a orientar al público ni a difundir las reales posi-

1879-1979 Arteta, un centenario olvidado

"Era era la casa que me prohibí tocar y a la que llevé, para el regocijo de mis ojos, un cuadro de Aurelio Arteta, que el pintor había dejado en depósito".
JULIAN ZUGAZAGOITIA ("Guerra y vicisitudes de los españoles")

NO es la única vez que el periodista, y ocasional ministro de Gobernación en el gobierno Negrín, habla en sus memorias del pintor. En otra ocasión dice: "procuraba ayudarlo a mi sucesor en el periódico mandándole crónicas y dibujos que sonsacaba a Arteta".

Los dos vascos —el pintor de "Victimas del mar" y el antiguo director de "El Socialista"— estaban en aquella Valencia, playa primera de la larga marea republicana en la guerra civil. Ambos pasarían a Francia, con distinta suerte. El infortunado Zugazagoitia fue entregado por la Gestapo y fusilado en España. Arteta embarcaría para México en el vapor "Sinaia". Allí trabaja (retrató a la mujer de D. Lázaro Cárdenas) y allí muere muy pronto: un choque del tranvía donde viajaba el domingo 10 de noviembre de 1940.

Nació el 3 de diciembre de 1879, hace un siglo. El suyo ha sido un centenario olvidado. El

Banco de Bilbao le dedicó en su sede madrileña una exposición en mayo-junio de 1973 (el vasco pintó al fresco la rotonda del edificio que hiciera el arquitecto Bastida) y entonces editó un excelente catálogo. Por cierto que entre las obras expuestas figuraba una perteneciente a la (al decir de quienes la conocen)

Aurelio Arteta (autorretrato).



muy buena colección del Sr. Rodríguez Sahagún, actual ministro de Defensa: El "cho". En el Museo Español de Arte Contemporáneo (Madrid) hay dos cuadros suyos: "Los hombres de la mar", 1932, y "Bañistas", 1935.

Al recordar ahora el centenario de Arteta (maestro de la pintura vasca, gran muralista y representante del llamado realismo crítico en la pintura de la República) no quisiera uno contar su vida y obra (pues el castigo del lector aficionado al arte corresponde a los críticos del ramo), sino recordárselo al Partido Socialista Obrero Español, un tanto magro —hasta ahora y mientras no demuestre lo contrario— en cuestiones culturales. Yo pediría a tan importante partido que se portara con el ilustrador de sus publicaciones, con el amigo de Prieto y Zugazagoitia, la mitad de bien que lo hiciera el Banco de Bilbao, entidad que imagino más proclive a las finanzas que al socialismo. ■ V. M. R.



EINSTEIN-HEISENBERG. — Einstein fue el último gran representante de la física que inició Galileo. Era el fin de una época y no el comienzo de una nueva. Heisenberg rompe con la gran tradición atomista para renovarla.

bilidades de la ciencia de cara al futuro. Por poner un ejemplo, tenemos el caso de Alianza Editorial —habitualmente tan solvente y ponderada—, que ha vertido al castellano un formidable conjunto de ensayos del gran físico Werner Heisenberg, aparecidos originalmente en alemán bajo el título de "Tradition in der Wissenschaft" ("La tradición en la ciencia"), y que ha presentado al público de habla española bajo el título oportunista de "Encuentros y conversaciones con Einstein y otros ensayos". En mi opinión, estas prácticas editoriales no hacen más que confundir a la gente aprovechando una coyuntura conmemorativa de actualidad, en este caso el centenario de Einstein. En primer lugar, porque "Encuentros y conversaciones con Einstein" no es, ni mucho menos, el más significativo e importante de los ensayos de Heisenberg recogidos en este volumen. Desde luego, y así lo manifiesta el propio Heisenberg, Einstein supuso un importante elemento de referencia en la carrera científica del formulador del principio de incertidumbre; pero lo decisivo es algo que quizá no se haya subrayado debidamente en este centenario de Einstein y sin lo cual no se comprende bien lo que está ocurriendo en la física. Me refiero a que Einstein no es una renovación de la física, sino el último representante de la gran tradición que inició Galileo. Einstein es el últi-

mo desarrollo de la Física Clásica. No puedo detenerme ahora en esta recensión en mostrar esta clara verdad. Quien esté interesado en la cuestión puede consultar con mucho provecho el capítulo 4 (Tres situaciones de la filosofía respecto a la ciencia) de "La idea de principio de Leibniz", de Ortega, en que se hace un insuperable análisis del tema. El hecho cierto es que desde la mecánica cuántica —uno de cuyos fundadores fue Heisenberg—, la física ha renunciado, por un lado, a hablar de la realidad y se contenta con la probabilidad, mientras por otro ha renunciado a ser conocimiento en el sentido de presencia de la realidad en el pensamiento. Esta es la cuestión. Einstein se sublevó siempre contra las concepciones estadístico-probabilísticas de la mecánica cuántica: ahí está su famosa y reiterada frase de que no concibe a Dios jugando a los dados. Esta no era la cuestión y revela que Einstein era el fin de una época y no el comienzo de una nueva.

Los que quieran conocer de primera mano las grandes líneas de dirección de la física más actual —de la física de ahora mismo— tienen en estos ensayos de Heisenberg unos textos fundamentales, una obra utilísima y fascinante. Disponíamos, desde luego, de bastantes textos en castellano de Heisenberg, pero éstos que ha lanzado ahora Alianza Editorial son básicos para cono-

cer los últimos pensamientos del gran físico alemán, que falleció en 1976. Especial interés tienen sus trabajos sobre la física de las partículas elementales y su papel en el desarrollo de la ciencia actual. Heisenberg rompe con la tradición atomista que se remonta a Demócrito y descubre que en el estado actual de la física ya no tiene sentido la distinción entre partículas elementales y compuestas. El concepto de división de la materia carece experimentalmente de significación. Y así escribe lúcidamente Heisenberg: "Hay que hacerse a la idea de que los fenómenos de lo muy pequeño y de lo muy grande no

proporcionan ya imágenes visualizables". Quien no comprenda esto no ha franqueado todavía el umbral del nuevo modo de pensamiento científico, que ha hecho de la física un conocimiento simbólico. ■ PEDRO FERNAUD.

El final de Santa María

La saga de la ciudad de Santa María, sus fantasmas, sus recuerdos, sus neblinas y vacíos, su sensación constante de insatisfacción y soledad, la continua recurrencia a la invención de otra realidad (la literaria, fuera de la cual la ciudad no es), conforman en grado sumo la vitalidad imaginativa de Juan Carlos Onetti, uno de los más grandes novelistas actuales de la lengua española.

"Dejemos hablar al viento" (1), aunque no se nos llegue a confirmar plenamente en su lectura, es la parte final de la ciudad inventada por Onetti. En sus páginas resuenan con maestría los sonos y los ecos de otras páginas, los nombres y sombras de otros personajes que pululan por Santa María con brumas o vientos más que como actantes o fórmulas de relación. Todos esos ecos y sombras son los mundos de Onetti, mundos anteriores al de "Dejemos hablar al viento" y que se inserta en el relato como cuñas que se resisten a desapare-

(1) Dejemos hablar al viento, de Juan Carlos Onetti. "Narradores de hoy". Bruguera-Alfaguara, 254 págs. Barcelona, 1979.

Juan Carlos Onetti.

